

SANTIAGUIÑO

Autor: Francisco A. Álvarez López

Hace poco más de un año que Antonio Povedano me comunicó el fallecimiento de nuestro compañero de Padrón Joaquín Flores González, el cual había manifestado poco antes de morir su deseo de que esparcieran sus cenizas en Santiaguino, el monte de Padrón donde se dice que el Apóstol Santiago predicó a los cristianos de entonces y donde nosotros, de niños, pasamos los mejores momentos de nuestra infancia.

Enseguida le dije a Povedano que me avisara cuando llegara el día para acompañarlos, porque me hacía una gran ilusión recordar aquellos momentos pasados hace ya medio siglo, cosa que se dice pronto. Por otra parte, Joaquín y su hermano Vicente, naturales de Sevilla, hicieron la comunión conmigo en mayo del 57, y siempre mantuvimos una amistad sincera.

Santiaguino estaba en realidad justo enfrente del colegio, pero para llegar allí normalmente suponía un buen paseo pues teníamos que dar un enorme rodeo, llegando al barrio de Estramundi, subiendo al final infinidad de escaleras que nunca llegué a contar. Otras veces, el trayecto era más corto, cuando estaban los dueños del pazo que separaba el colegio del monte y nos permitían cruzarlo. Entonces, en unos minutos estábamos en la explanada donde predicó el Apóstol.

Casi siempre era un domingo o festivo por la tarde cuando subíamos a Santiaguino, pero en alguna ocasión era una sorpresa de lo más inesperada y agradable porque era un día de diario y aquello suponía librarnos por una jornada del trabajo cotidiano, claro está.

Aquel viernes al mediodía, estábamos en fila a la puerta del comedor con el barullo acostumbrado, cuando llegó Sor Luisa aparentemente excitada, dando voces. “Fuera de aquí” “ No hay comida” “A la calle todo el mundo”.

Silencio total. Increíble. Nos dejaba sin comer y nos echaba a la calle. Llamó a unos cuantos de los mayores para que cogieran unos sacos de comida que ya estaban preparados y riéndose abiertamente con aquella gracia que tenía, como buena malagueña, nos dijo: andando hacia Santiaguino, que vamos a comer al monte.

En aquellos tiempos no empleábamos el verbo alucinar, pero creo que un equivalente al mismo es lo que sentimos todos al ver lo que sucedía.

Un día en aquel monte de pinos y eucaliptos, cubierto totalmente con un manto amarillo vivo, del color de las mimosas, era lo mejor que nos podía pasar. Allí se disparaba nuestra imaginación para divertirnos de mil maneras. Unos cazando grillos con las dos técnicas habituales: bien metiendo una pajita o meando directamente por el agujero para que saliera el grillo medio ahogado. Otros se dedicaban a coger lagartos o lagartijas, ciervos volantes, mariposas, etc. Los más combativos organizábamos dos bandos y adentrándonos en el monte construíamos las cabañas correspondientes, arcos y lanzas con las ramas de mimosas para luchar contra el enemigo.

Enrique Sánchez, “el raspa” también hizo la comunión con nosotros. En cierta ocasión, ya di cuenta del ingenio que tenía. Algunos años más tarde, en el CHOE de Carabanchel Bajo, íbamos por el patio paseando, entonces alguien se le acercó y le pidió un cigarrillo. Sacó un paquete de celtas cortos del bolsillo y arrugándolo entre la mano lo arrojó al suelo diciendo: vaya hombre, no me queda ninguno. Cuando el otro se alejó unos pasos, Enrique se dio la vuelta, cogió el paquete del suelo y me dice : en realidad me queda uno, pero si se lo doy a este, ¿qué me fumo yo esta noche?-

Me viene esto a la memoria, porque precisamente el día de nuestra comunión, 24 de mayo de 1957, habían ido nuestras madres a visitarnos. Aquella tarde, para celebrarlo, ¡cómo no! Subimos a Santiaguíño y se encontraban mi madre y la del “raspa” que por cierto era de Melilla, hablando de sus cosas, pero yo, como el que no quiere la cosa, merodeaba por allí al lado para oír lo que decían. Parece ser que mi madre le comentaba que se estaba haciendo una casa nueva en nuestro pueblo de Villoria (León) pero por el momento no me lo quería decir. Acercándome hacia ellas, le pregunté: ¿que estás haciendo qué? Una farda, una farda. Que se está haciendo una farda (una falda, quería decir) respondió la madre de Enrique, con el mismo desparpajo que él tirara años después aquel paquete de celtas.

Al paso de mucho tiempo de todas aquellas cosas, cuando mis hijas me sorprendían hablando de mis asuntos y querían saber el motivo de la conversación, invariablemente les contestaba : una farda, una farda.

Naturalmente que no podían comprender el significado de aquella palabra, hasta que un buen día les conté toda la historia y el origen de “la farda.” Ahora son ellas las que riéndose sin rubor, cuando alguien se entromete en su conversación y les preguntan de que hablan, les contestan a la par: una farda, que estamos haciendo una farda.

Aquel año en que mi madre estuvo en Santiaguíño, quedó maravillada del monte cubierto por el color amarillo de las mimosas en flor. Siempre me decía que le llevara alguna cuando fuera en el verano para plantarla en el

pequeño jardín que tenía a la entrada de su casa. Nunca le hice caso porque para mí resultaba ser una planta vulgar que veía por todas partes.

Ahora, después de los años, me arrepiento enormemente de no haber cumplido aquel sencillo deseo que tan poco me habría costado y tanta ilusión le hacía.

Es algo que tengo pendiente, y cuando pienso en mi madre, cosa que hago con frecuencia, recuerdo aquella bonita tarde en Santiaguíño y su deseo no cumplido de plantar mimosas en su jardín.

En cualquier momento me escaparé en solitario a Padrón, subiré al monte y al lado de aquel muro de piedra, donde ella se sentó, cogeré unas cuantas ramas para llevarle y plantar en la misma tierra donde ahora ella reposa, así cuando florezcan con aquel color chillón y perfume inconfundible, pueda sonreír feliz, donde quiera que se encuentre.

13 de febrero de 2007